

lo dilates para despues. No quieras ser por mas tiempo el juguete de tus irresoluciones; mira que el negocio es de grande consecuencia. Busca hoy mismo un confesor zeloso y prudente, y consulta con él lo que debes hacer para disponerte á comparecer ante el tribunal de Dios.

2 Resuélvete desde luego á ser el siervo vigilante y fiel, que recomienda Jesucristo en su Evangelio. La inconstancia y el olvido de todas las disposiciones precisas para una buena muerte debilitan la mas fervorosa voluntad. No te desanimes, porque el enemigo de nuestra salvacion se aprovecha muchas veces de nuestra cobardia. Renueva tus buenos propósitos á cada instante, y pide auxilios al Señor para realizarlos. Mira que no sirve comenzar, pues es preciso la perseverancia hasta el fin.

## DIA XXVIII.

### MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN AGUSTIN, obispo y doctor de la Iglesia, en Hipona la Real en Africa; el cual convertido á la fe católica y bautizado por S. Ambrosio, la defendió con maravillosa constancia contra los maniqueos y otros herejes; y despues de haber trabajado mucho por el bien de la Iglesia, voló al cielo á gozar del eterno premio. Sus reliquias fueron sacadas de su ciudad por causa de los barbaros y llevadas primero á Cerdeña y despues por Luitprando, rey de los longobardos, á Pavia, en donde se custodian con singular veneracion. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN HERMES, varon ilustre, en Roma; el cual, segun se lee en las actas del papa S. Alejandro, primero fué puesto en una cárcel y despues degollado con otros muchos por decreto del juez Aureliano.

EL MARTIRIO DE SAN JULIAN, mártir, en Brionde en Auvernia; el cual siendo compañero de S. Ferreolo (ó Ferriol) tribuno, como en traje de soldado sirviese ocultamente á Jesucristo en la persecucion de Diocleciano, fué preso por los otros soldados, y luego padeció una muerte muy cruel, siéndole cortada á pedazos la garganta. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN PELAGIO, mártir, en Constanza en Francia; el cual imperando Numeriano, por decreto del juez Evilasio alcanzó la corona de mártir.

LOS SANTOS MÁRTIRES FORTUNATO, CAYO Y ANTHES, en Salerno, degollados en tiempo del emperador Diocleciano y del proconsul Leoncio.

SAN ALEJANDRO, obispo, en Constantinopla; anciano esclarecido, por cuya oracion Arrio, condenado ya en el juicio de Dios, reventó por los ijares, y le salieron las entrañas.

SAN BIBIANO, obispo y confesor, en Santonges en Francia. (Era el pasmo de su tiempo por el especial don de milagros con que el Señor le favoreció, por lo cual fué llamado el *milagrero*.)

SAN MOISÉS, etiope, que de ladron famoso vino á ser esclarecido anacoreta; convirtió á muchos ladrones, reduciéndolos á ser monges, y los llevó consigo al monasterio.

SAN AGUSTIN, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.



S. AGUSTIN O. Y DOCTOR,  
DE LA IGLESIA.

SAN Agustín, ornamento del orden episcopal, uno de los mas brillantes astros del orbe cristiano, y tan sobresaliente entre los santos doctores de la Iglesia, nació en Tagaste, ciudad de Numidia en Africa, el dia 15 de noviembre del año 354. Fué de honrada familia; y aunque Patricio su padre no era todavía cristiano, pero su madre Sta. Mónica ganó tanto el corazón de su marido con su mansedumbre, con su sufrimiento, con su paciencia y con su virtud, que bastó á ablandar con sus lágrimas, no solamente el corazón de su marido Patricio, que al fin murió católico, sino el de su mismo hijo, que endurecido con una vida licenciosa, y entumecido con una vana sabiduría, se hacia mas insensible á los consejos y persuasiones santas con que su madre le combatia. Siendo muchacho tuvo un tan recio dolor de estómago, que le puso en términos de perder la vida. (*Lib. 1, Confes. cap. 11.*) Deseó entonces, y pidió ardientemente el bautismo; pero habiéndose mejorado, juzgó su piadosa madre mas acertado dilatarle, porque preveía que el genio vivo y demasadamente fogoso de Agustín no tardaría en ponerle en términos de manchar su alma, y de arrastrarle á vicios feos, que afrentarían el augusto carácter de cristiano. Así sucedió; «pues á los diez y seis años, levantándose los vapores del cenagal de su concupiscencia (*Lib. 2. Confes. cap. 2.*), de tal modo oscurecieron su espíritu, que sin discernir entre la dulzura del amor casto, y el desasosiego del impuro, arrebataron su edad flaca, precipitándola en mil deseos desordenados, y en un piélago de inmundicias. Procuraba el Señor apartarle de ellas misericordiosamente, acibarando todos sus ilícitos gustos para que buscáse deleites cumplidos sin mezcla de amargura; pero sordo con el ruido de la cadena de su inmoralidad que llevaba siempre arrastrando, dejó que tomase entero dominio de su alma la concupiscencia, rindiéndose sin reserva á sus fragilidades.»

A esto se llegó que habiendo interrumpido los estudios que hacia en Madaura, estuvo ocioso; y como la ociosidad es madre de todos los vicios, crecieron estos en el corazón de Agustín,

fomentados de las malas compañías de otros jóvenes que le incitaban al mal, y á quienes por mera vanidad queria competir en los desórdenes. «Avergonzabase Agustino de no ser tan desvergonzado como otros amigos suyos; porque cuando estos se jactaban de sus maldades, y con tanta mas gloria cuanto mas feas y abominables eran, sentia no haberlas hecho él tambien, para recibir entre aquellos jóvenes disolutos elogios y alabanzas. Succedia por esto, que cuando Agustino no tenia algun delito verdadero con que poder igualarse á otros compañeros suyos mucho mas viciosos, fingia haberle cometido, deseando que no le tuviesen en menos por su inocencia, ni le juzgasen por despreciable y abatido por ser mas casto. (Lib. 2, Confes. cap. 3.)» Crecieron tanto las espinas de su incontinencia, que llegaron enteramente á poseer su corazon. Patricio, que á la sazón no era mas que catecúmeno, y tenia en órden á su hijo miras demasadamente carnales, pasaba por todos sus defectos; pero Mónica sentia intimamente sus extravíos, como que los contemplaba por los mayores impedimentos que podia tener su hijo para conseguir la verdad. Por tanto le llamaba á solas, le hablaba al corazon, le hacia conocer sus errados pasos, le persuadia á enmendarlos; y acompañaba la solidez de sus razonamientos con la fuerza imponderable de sus lágrimas. Todo esto era en aquel tiempo para Agustino un ruido estéril, un trabajo sin fruto; porque además de que las pasiones mandaban despóticamente en su alma, miraba las persuasiones y consejos de su madre como faltos de todo el apoyo que la especiosa sabiduría impone á los preocupados con su autoridad, mas que con sólidos raciocinios, y despreciaba las amonestaciones de una madre cariñosa, discreta y piadosísima, solamente porque eran amonestaciones de una mujer. (Lib. 2, Confes. cap. 3.)

Siendo de diez y siete años le enviaron sus padres á que continuase los estudios en Cartago, en donde al mismo tiempo continuó tambien los extravíos de sus costumbres; pues al año siguiente trabó una comunicacion tan estrecha y vergonzosa con una mujer, que de ella tuvo un hijo llamado Adeodato, cuyo ingenio alaba el Santo con espresiones encarecidas. Adormecido algun tanto el vicio de la incontinencia con la hartura que lograba en la amistad ilícita, tomaron el ascendiente sobre su corazon otras pasiones tal vez mas peligrosas. Era Agustino de un ingenio sumamente vivo y penetrante. Nada se resistia á su comprension; y lo vasto de su talento, juntamente con una aplicacion infatigable, le hacian dueño fácilmente de cuantas facultades emprendia. Pero lo que le habia de estimular á reconocer los dones

de Dios, y á darle humildes gracias, eso mismo fué lo que él convirtió en motivo de vanidades y de soberbia. Vestíase con elegancia, picándose de parecer galan y cortesano. (Lib. 3, c. 1.) Frecuentaba los teatros, en donde veia las imágenes de sus miserias representadas al vivo, y aunque fingidas, unas veces le sacaban las lágrimas á los ojos, y otras encendian mas el fuego libidinoso en que estaba miserablemente ardiendo. (Lib. 3, cap. 2.) En este estado quiso Dios dar algunas aldabadas á las puertas de su alma por medio de los mismos libros y estudios en que Agustino bebia su vanidad. Leyó el Hortensio de Ciceron, en donde encontró aquel saludable aviso que da S. Pablo á los colosenses (Colos. 2, v. 8.), diciendo: *Estad en vela para que ninguno os engañe por la filosofia vana y falaz, fundada en doctrina de hombres, apoyada en los principios del mundo, y no segun Cristo, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad.* (Lib. 3, Confes. cap. 4.) «Este libro trocó todos sus afectos, y le trocó de manera, que le hizo pedir á Dios ardientemente que infundiese en su alma diversos deseos de los que antes la poseian. Despreció las esperanzas que antes le atormentaban, y solo anhelaba su corazon por conseguir la sabiduría inmortal. Comenzó Agustino á levantarse para volver al Señor; porque no leia aquel libro para ejercicio de la elocuencia, sino para aficionarse y seguir las buenas máximas que enseñaba. Lo que mas encendia el ardor de sus deseos era que allí no se le exhortaba á seguir esta ó aquella secta de filósofos, sino á buscar y amar la sabiduría como ella es en sí misma. Solo una cosa le desagradó en aquel libro, y templó aquellos deseos felices, y fué el no encontrar en él el nombre de Jesucristo que habia mamado con la leche, y conservaba intimamente grabado en su corazon desde su infancia, en tanto grado, que todo lo que estuviese escrito sin este nombre le causaba desagrado, aunque tuviese todos los atractivos de la erudicion, de la elocuencia, y aun de la verdad.»

Para perfeccionar la obra comenzada por el Hortensio, determinó Agustino dedicarse á leer las sagradas Escrituras, y ver qué cosa eran; pero este afecto de curiosidad incompatible con el espíritu humilde á que está reservada la inteligencia de aquellos divinos escritos, puso un velo á su entendimiento; y así no solamente se quedó sin entender los soberanos misterios que llevan á la vida bienaventurada, sino que la humildad de su estilo, que juzgaba sumamente inferior al de Ciceron, le causó fastidio. Por otra parte habia llegado á apoderarse de su alma una vanidad y soberbia tan finas en materia de literatura, que

no podía concebir que fuesen escritos apreciables y sublimes aquellos que no se sujetaban á su inteligencia. (*Lib. 3, cap. 5.*) En esta turbacion y revolucion de afectos tuvo la desgracia de encontrar con los maniqueos, gente locuaz, carnal, hipócrita y extravagante, quienes le convidaron con la consecucion de la verdad, y le arrastraron á la profesion de su doctrina. Enseñaban que habia dos principios, de donde se originaban todas las cosas, uno bueno y otro malo; que la luna y el sol eran dos naves en que volvian á su principio las partículas de sustancia que se purificaban por medio de la contrariedad de elementos; que las virtudes habitaban en estos dos astros trasformadas en varones; aborrecian el matrimonio, pero en su lugar usaban de comercios ilícitos nefandos, en que abusaban torpemente de las cosas mas sagradas. Negaban que Cristo hubiese tomado carne verdadera, y que hubiese venido para hacer con su resurreccion que nuestros cuerpos fuesen alguna vez glorificados. En cada hombre ponian dos almas, una buena y otra mala: una de donde nacian los actos virtuosos, y otra de donde tomaban su origen los vicios: pero ambas enseñaban que se volvian á resolver en materia al tiempo de la muerte. A este tenor multiplicaban los maniqueos sus dógmas y sus delirios; pero sus promesas eran especiosísimas, capaces de engañar á cualquiera, y mucho mas á un jóven que deseaba la verdad. (*Aug. De utilitate cred. cap. 1.*) Se jactaban de ser ellos solos en donde se podia encontrar esta preciosa joya, lo cual persuadian con grande aparato de elocuencia y de palabras. Y como no se les caia de la boca el nombre de la verdad, y en sus lenguas ocultaban los lazos del demonio (*Lib. 3, Confes. cap. 6.*), bajo de unas palabras en que ponian una liga confeccionada con el nombre de Jesucristo y del Espíritu Santo, no solamente lograron que Agustino fuese sectario de sus errores, sino que hizo caer en ellos á su protector Romaniano, y á sus amigos Honorato y Alipio.

Luego que Sta. Mónica supo que su hijo se habia hecho maniqueo, se entristeció de manera que no habia para ella consuelo en todo lo criado. Lloraba inconsolable dia y noche, pidiendo á Dios la conversion de Agustino, y esto con tanta copia de lágrimas, que en donde quiera que se ponía á hacer oracion, dejaba humedecida con ellas la tierra. (*Lib. 3, Confes. cap. 11.*) No consentia que su hijo viviese con ella en su casa, ni que se sentase á su mesa, detestando hasta este punto los errores y blasfemias que nuevamente habia adoptado, y esta demostracion de desamor la duró hasta que tuvo un sueño maravilloso en que la manifestó Dios que su hijo se convertiria. El sueño sucedió de

esta manera: soñó que estaba puesta de pies sobre una regla de madera (*Lib. 3, Conf. cap. 11.*) y que un jóven muy gallardo, viéndola tan afligida, la preguntó cual era la causa de su afliccion y de las lágrimas que derramaba. La Santa le respondió, que la perdicion de su hijo Agustino. Entonces el jóven la mandó mirar con atencion la regla, y reflexionar que donde estaba ella tambien estaba Agustino. Miró la piadosa madre, y vió que en la misma regla estaba ella, y junto á ella tambien su hijo. Consolada con esta vision, fué á contársela á Agustino, esperando que causaria en él el efecto deseado; pero el ingenioso mancebo interpretó la vision muy al contrario, diciendo: *que aquello queria decir, que donde él estaba, allí estaria su madre haciéndose maniquea.* Mucho pesar recibió Mónica con esta respuesta ilusoria; pero oponiendo ingenio á ingenio, y sutileza á sutileza, le replicó: *No, hijo mio, no es eso lo que significa la vision, sino lo contrario; porque á mi no se me ha dicho: donde él está, allí estarás tú; sino donde tú estás, allí estará él.* Esta respuesta viva é ingeniosa hizo mas mella en Agustino que la vision misma; pero sin embargo perseveró todavia en sus errores por espacio de nueve años, revolcándose en sus tinieblas, al paso que su madre mas alegre con las esperanzas infundidas por la celestial vision, no cesaba de pedir á Dios su conversion, derramando continuas lágrimas en sus fervorosas oraciones. (*Lib. 3, Conf. cap. 11.*)

En este intermedio tuvo Sta. Mónica otra respuesta y misterioso aviso de que su hijo habia de abjurar la secta maniquea. Solicitó la Santa de un venerable obispo que disputase con Agustino hasta convencerle de sus errores; pero el prudente prelado la disuadió, asegurándola que estaba todavia incapaz de admitir la doctrina católica: *que le dejase en su error por algun tiempo, sin hacer mas diligencias que rogar á Dios por él; pues estaba seguro de que continuando en estudiar y leer, llegaria á persuadirse por sí mismo de la enormidad de los errores maniqueos.* Confirmó esto mismo con su ejemplo, pues siendo niño, su madre, á quien los maniqueos habian engañado, le hizo participante de sus impiedades y desvarios: habia estudiado todos sus libros, y aun los habia copiado de propia mano; pero creciendo con la edad y el estudio sus reflexiones, llegó á conocer por sí mismo cuan abominable era aquella secta, y así la habia abandonado. No se aquietó con todo eso Mónica; antes bien, confiando que nadie mejor podria disuadir á su hijo que aquel que tan íntimamente conocia la falsedad de la secta maniquea, le instó con súplicas, y rogó con lágrimas que disputase con él, y

le convenciese. Cansado entonces el obispo de sus importunaciones, la dijo: *Déjame, mujer, así Dios te salve; que es imposible que un hijo de esas lágrimas se pierda.* Estas palabras fueron para Mónica como un oráculo venido del cielo, y de allí adelante mezclaba ya sus lágrimas con la consolacion de aquella profecía, que para ella en este concepto eran tenidas las palabras de aquel venerable obispo. (*Lib. 3. Conf. cap. 12.*)

«Desde los diez y nueve años hasta los veinte y ocho vivió Agustino engañado, y engañando á otros, ya enseñando las artes liberales, y ya bajo el pretexto de religion, siendo unas veces soberbio, otras supersticioso, y siempre vano. Por una parte seguia el humo del aura popular, pretendiendo llevarse siempre la gloria respecto de sus competidores, ya en los versos que hacia para los teatros, ya en las locuras de los espectáculos, y ya en la destemplanza de los apetitos. Por otra, queriendo purificarse de todas estas manchas, llevaba de comer á los que entre los maniqueos se llamaban *escogidos*, para que en la oficina de sus estómagos le fabricasen ángeles y dioses que le librasen de sus pecados. (*Lib. 4. cap. 1.*)» Sumergido Agustino en un piélago de miserias, quiso Dios darle otro aviso, y alargarle nuevamente su mano misericordiosa para que saliese de ellas. Explicando retórica en Tagaste, trabó, ó por mejor decir, confirmó la amistad que desde niño habia tenido con un jóven paisano suyo. Este, todavía catecúmeno, seguia la verdadera fe de Jesucristo; pero pudieron tanto con él la amistad y las persuasiones de Agustino, que le obligó á abandonarla y hacerse maniqueo. Sobrevinole una enfermedad peligrosa, de la cual murió; Agustino todo consternado de sentimiento, no se apartaba de su cabecera, consolándole con su conversacion y con su presencia. En un parasismo que le acometió, acompañado de un sudor mortal, le administraron el sacramento del bautismo. Luego que volvió en sí comenzó Agustino á hablarle, burlándose del bautismo que le habian dado á su amigo, y esperando que le serian gratas sus burlas; pero sucedió muy al contrario, pues el enfermo le manifestó tanto horror como si fuese su mayor enemigo, y le amonestó, que si queria ser amigo suyo no le hablase de aquella manera indigna de una cosa tan sagrada. Quedó Agustino turbado con esta respuesta, y mucho mas con la repentina mutacion y persuasion de donde se originaba: persuasion y mutacion que le valieron á aquel hombre venturoso una eternidad de gloria, habiendo muerto á muy poco tiempo de haber sido reengendrado en Jesucristo. (*Lib. 4. Conf. cap. 4.*)

«La pérdida de este amigo llenó á Agustin el corazon de tinieblas, en tanto grado, que en cuanto miraban sus ojos no

veian sino la misma muerte. Su patria le servia de suplicio, y la casa de sus padres de una morada de infelicidad y desventura. (*Lib. 4. cap. 4.*) Traia su alma como despedazada, ensangrentada é impaciente de habitar ya en el cuerpo. No encontraba descanso en los bosques amenos, ni en los juegos y cánticos, ni en los jardines olorosos, ni en los espléndidos banquetes, ni en los lechos floridos rodeados del amor y sus deleites, ni últimamente en los libros y poesía, que era el manjar mas sabroso para su alma. Todo le causaba horror hasta la misma luz; y así determinó volver á Cartago, como lo hizo. (*Lib. 4. Confes. cap. 7.*)» Con la compañía de nuevos amigos y la asistencia á los teatros olvidó fácilmente aquella muerte que tanto dolor le habia causado. Pudo ya con tranquilidad dedicarse á los estudios, y así escribió los libros de *lo hermoso y conveniente*, que dedicó á un famoso orador romano, llamado Hierio, á quien únicamente conocia por su fama. Siendo ya de veinte y nueve años sucedió que vino á Cartago un obispo maniqueo, llamado Fausto, que engañaba á muchos con la suavidad de sus palabras. Hablaba en público, teniendo á todos suspensos, aun al mismo Agustino, que como los demás alababa y admiraba su elocuencia. Como este obispo era uno de los mas sabios que tenia la secta de los maniqueos, pensó nuestro jóven que en él hallaria la luz de la verdad porque tanto anhelaba su corazon. Oia atentamente sus discursos; pero en ellos no encontraba mas que un gran follaje de palabras y ninguna sustancia de verdades. Acercóse mas á él, tratóle de materias científicas, propúsole sus dudas; pero encontró con un hombre vacío enteramente de las ciencias, que pretendia soberbiamente que se le creyese sobre su palabra como á un Espíritu Santo; y últimamente, incapaz por confesion suya de disputar con Agustino, y mucho mas de aclarar sus dificultades, manifestándole la verdad, que era lo que buscaba. (*Lib. 5. Confes. cap. 3. 5. y 6.*) Este desengaño le hizo despreciar en su interior los errores de los maniqueos, y casi abandonar su secta; y el deseo de encontrar la verdadera religion, juntamente con las persuasiones de sus amigos, le inspiraron el proyecto de pasar á Roma, como lo ejecutó, engañando á su madre, y dejándola á la orilla del mar sumergida en lágrimas. (*Lib. 5. cap. 8.*)

Luego que llegó á Roma cayó enfermo de una enfermedad peligrosa, que le puso á las puertas de la muerte; pero ni se acordó siquiera de pedir el bautismo de Jesucristo, persuadido á que no habia sido mas que un fantasma el cuerpo que los judíos crucificaron. (*Lib. 5. cap. 9.*) Perseveró algun tiempo en aquella ciudad, unas veces tratando con los maniqueos, de cuya secta

era el huésped de la casa donde estaba, otras inclinándose á dar de todo con los académicos, y otras oyendo y consultando á los católicos, para ver si podía alcanzar la verdadera inteligencia de los libros sagrados y de sus misterios. Había presenciado en Africa algunas disputas que tuvo Heliado con los maniqueos, y había visto que estos no podían desatar las razones que les proponía, ni dar salida é interpretación á los textos de la Escritura que les alegaba. (*Lib. 5. cap. 11.*) Esto mismo le hacia desear ardientemente encontrar con algun varon católico piadoso y sabio á quien oír, y de quien ser instruido: y Dios, que por caminos desusados y secretos iba disponiendo en Agustin un doctor y un padre de su Iglesia, hizo que pidiendo los magistrados de Milan á Simaco, prefecto de Roma, que les enviase un maestro de retórica, pusiese éste los ojos en el vacilante jóven á instancias de los mismos maniqueos. De este modo se verificó que pasase á Milan, que visitase á S. Ambrosio, que este santo prelado le recibiese con la mayor benignidad, y que en sus sermones y discursos al pueblo escondiese la gracia aquel poderoso anzuelo con que Agustinó habia de ser sacado de las aguas amargas del siglo, para ser manjar delicioso á los hambrientos de sabiduría.

Al principio oía al santo obispo por sola curiosidad, y por ver si eran su ciencia y mérito iguales á su fama; pero como al mismo tiempo no podía menos de percibir toda la fuerza que tiene la verdad por sí misma, iba persuadiéndose poco á poco á que las doctrinas de los católicos podían defenderse muy bien, y llegó enteramente á abandonar el maniqueísmo. (*Lib. 5. cap. 14.*) Determinó, pues, permanecer en estado de catecúmeno mientras no descubriese con certeza cual era la religion y doctrina que debia seguir, para alcanzar aquella vida dichosa que tanto suspiraba. Por este tiempo, que era ya el treinta de su edad, vino á Milan en busca suya, y mucho mas de su salud eterna, la piadosa Mónica. Dijola como ya no era maniqueo, ni tampoco católico cristiano; y la prudente madre, que conoció que la verdad iba venciendo á su hijo por grados, se alegró con modestia, y multiplicó nuevamente sus oraciones y sus lágrimas, esperando firmemente que Dios habia de concluir la obra comenzada. (*Lib. 6. cap. 1.*) Asistía Agustinó á los sermones de S. Ambrosio, y los oía con sumo cuidado, y su entendimiento se iba ilustrando poco á poco, de manera que de cada vez le parecia mas racional la doctrina del Evangelio. Los muchos cuidados y ocupaciones del santo obispo no le permitían tratar con él, y comunicarle sus dudas con aquel espacio que ellas necesitaban para disolverse. Iba á su casa; pero se contentaba con verle estudiar,

y le miraba como un varon respetable, lleno de piedad y de sabiduría de que rebosaban sus pláticas, que por lo comun contenian puntos que no parecían sino destinados á labrar la conversion de Agustinó. La mayor dificultad de éste consistia en el sacrificio que debia hacer de sus luces en obsequio de la fe. Parecíale sumamente repugnante y dificultoso haber de dar crédito á cosas y misterios sobrenaturales, que esceden la capacidad del entendimiento humano. «Pero meditando consigo mismo cuantas cosas creia sin haberlas visto, como son una multitud de hechos que refieren las historias, la existencia de tantos pueblos, y la noticia misma de que Patricio y Mónica eran sus padres, vino á concluir, que para conocer la verdad era necesaria la autoridad de las sagradas Escrituras; y comenzó á creer, que de ningun modo hubiera Dios dado tanta autoridad en todo el mundo á aquellos libros, si no fuese su voluntad que le creyesen por ellos, y por ellos le buscasen. (*Lib. 6. cap. 5.*)»

Sin embargo de todo esto, como su alma ardia en deseos de honores, de riquezas y de los deleites sensuales, estaba presa con unas cadenas de hierro, que le impedían dar pasos mas acelerados hácia la verdad. Consultaba continuamente con su amigo Alipio, y con cuantos conocia que podían iluminar de algun modo sus tinieblas; estudiaba incesantemente con perjuicio de sus intereses; oía con gusto las persuasiones de su santa madre; pero nada bastaba á contrastar el peso que hacían en su alma por una parte el deseo de ver la verdad con evidencia, y por otra las vivas pasiones que la tenían dominada. Por este tiempo fué á Roma, en donde con la compañía de Alipio, que gustaba demasiado de los espectáculos sangrientos, tuvo ocasion de ejercitarse algo en la mansedumbre cristiana, disuadiéndole de asistir á los juegos del circo, cubierto siempre de horrores y de sangre. Permaneció allí algun tiempo, hasta que volviendo á Milan en compañía de Alipio, encontró allí á Nebridio, su paisano, que habia dejado su patria, sus haciendas y su madre por buscar la verdad, agitado de dudas poco diferentes de las que inquietaban el alma de nuestro jóven. Estos tres amigos trataban en sus conversaciones de aquella materia que tenia sin sosiego sus almas. Deseaban una vida quieta y tranquila, libre de todos los vaivenes de la inconsistente fortuna, y segura de una felicidad verdadera que no estuviese sujeta al tiempo ni á sus mudanzas. No encontraban este bien ni en las ciencias, ni en las diversiones, ni en los banquetes, ni en el favor y amistad de personas poderosas; pues todo esto tenían, y con todo se reputaban por infelices. Principalmente Agustinó se hallaba tan vencido del amor, que le parecia im-

posible poder vivir sin la compañía de una mujer. Su madre, que conocía bien su pasión, trató de casarle, y aun le buscó una graciosa jóven para esposa, arrancando de su lado aquella que había venido cebando su cariño desde Africa. (*Lib. 6. cap. 6. 7. 8. 10. 13.*)

Entre tanto, abrumado con las inquietudes y molestias de la vida, é indeciso en el partido que podía tomar en las crueles dudas que devoraban su alma, trató con sus amigos sobre huir del bullicio de las gentes á vivir en un ocio tranquilo. Dispuso que de los bienes de todos, que serían como unos diez compañeros, se hiciese una masa comun de donde se proveyese á las necesidades de todos. Que se nombrasen anualmente dos como administradores que cuidasen de las cosas temporales, y los demás viviesen quietos tratando solamente de las ciencias y del espíritu. Ya estaban para poner en ejecucion un proyecto tan semejante á la vida monástica y arreglado á los consejos del Evangelio; pero acordándose despues de que por ser algunos de ellos casados, deberian tener mujeres en su compañía, conocieron que todo lo proyectado era imposible, y así volvió Agustino á sus antiguos gemidos é inquietudes. (*Lib. 6. cap. 14.*) Enredóse nuevamente con los amores ilícitos de otra mujer; porque como le habian quitado aquella de quien tenia un hijo, por juzgar que podía ser de impedimento al matrimonio proyectado, y este no podía efectuarse por no tener todavía la esposa la edad competente, no pudo resistir los ímpetus de la incontinencia. (*Lib. 6. cap. 15.*) Así iba sumergiéndose en un abismo de delitos, y multiplicando los lazos de su perdicion; pero el misericordioso Dios nunca le perdía de vista, ni dejó su corazon tan desnudo de sentimientos saludables, que no conservase siempre en sí mismo el agudo cuchillo de los remordimientos. «En medio de la multitud de opiniones que siguió Agustino en todas las materias, nunca llegó á dudar, que despues de la muerte le quedaba otra vida á nuestra alma, ni que había de ser la suerte de los buenos y de los malos estremamente diversa. Esta persuasion le habia hecho mirar con desprecio el sistema de Epicuro, á quien sin este defecto hubiera concedido la palma entre todos los filósofos. Por tanto, en medio de sus torpezas y estravíos, siempre le atormentaba el miedo de la muerte, y del juicio que ha de hacer Dios de las obras buenas ó malas; y este mismo miedo era un estímulo continuo que le impedía á salir del abismo de los deleites carnales en que estaba encenagado. (*Lib. 6. cap. 16.*)»

Ya iba acercándose el tiempo en que había de triunfar la gracia de todas las dudas y perplejidades de Agustino, y en que

sujetas á la razon las pasiones, había de poner la virtud un trono estable en el mismo corazon en que había reinado el vicio. Esta operacion en un hombre tan sabio, que no se movía sino por principios, se había de hacer por medio de la ilustracion de su entendimiento, como basa segura para mover dulcemente su voluntad. Así dispuso Dios que viniesen á sus manos los libros de Platon, traducidos del griego por Victorino filósofo, en los cuales encontró muchas verdades de aquellas mas difíciles que manda creer sin investigarlas la religion cristiana. Tales fueron la generacion eterna del Verbo (*Joan. 1.*), que era en el principio, y el Verbo estaba con Dios, y Dios era el Verbo; que Dios Verbo no nació de la carne, ni de la sangre, ni por voluntad de varon, ni de la carne, sino que nació de Dios: que el Hijo es igual sustancialmente al Padre: que es ante todos los tiempos, y sobre todos los tiempos coeterno con su padre Dios; y últimamente, que la gloria (*Rom. 1. 21.*) debida solamente á Dios incorruptible, estaba trasladada y atribuida á los idolos y vanos simulacros, hechos á manera y semejanza del hombre corruptible, y de aves, de cuadrúpedos y de serpientes. (*Lib. 7. cap. 9.*) Con esta leccion convirtió Agustino hácia sí mismo sus reflexiones; y estando en ellas, vió sobre su entendimiento y sobre su alma misma una luz inmutable superior á todas las cosas criadas. Sus rayos fueron tan claros, y al mismo tiempo tan activos, que deslumbrado Agustino no pudo resistir tanta vehemencia. Estremeciése de amor y espanto; y halló que estaba muy léjos de Dios, y parecióle que oía su voz, que le decia: Yo soy comida de los que son grandes: crece, y entonces te serviré de manjar; pero no me convertirás en tu sustancia como los otros alimentos de que se sustenta tu cuerpo, sino que tú te convertirás en mí. (*Lib. 7. cap. 10.*)

Con esta luz y vision celestial quedó Agustino tan enseñado, que llegó á creer la existencia de aquella verdad, que se ve y conoce por las criaturas (*Rom. 1. 20.*); esto es, de Dios, con mas firmeza que creía su propia existencia. Leyó despues las epístolas de S. Pablo, y se iban apoderando de su corazon las sublimes verdades del Evangelio, al paso que iba conociendo cuánta diferencia hay de la doctrina eterna y verdadera de Dios, á la de los filósofos hinchados con una sabiduría vana, tan débil como los principios terrenos sobre que está fundada. Los libros de Platon, aunque le habian enseñado algunas verdades, le habian hecho mas soberbio; al contrario, los sagrados ilustraron su entendimiento, y le infundieron un espíritu de humildad para buscar la verdad por el camino que es la verdad misma. (*Lib. 7.*

cap. 20. 21.) Todo cuanto habia leido en S. Pablo, se le habia quedado impreso en el alma. Hallábase como sitiado por todas partes: cierto ya de la vida eterna y de todas las verdades que deseaba, sin otra necesidad que de la constancia y firmeza en lo que habia aprendido. Pero acerca del género de vida que habia de emprender tenia muchas dudas, y aunque le agradaba el camino que habia de tomar, que era el mismo Salvador, estaba tibio y perezoso para pasar lo que este camino tiene de estrecho. Para desvanecer estos obstáculos, determinó ir á verse con Simpliciano, varon santísimo, y recibir de él unos consejos que el mismo S. Ambrosio veneraba y recibia como de un padre que lo habia sido de su fe, dándole el bautismo. (*Lib. 8. cap. 2.*)

Propúsole sus dudas, manifestóle su corazon, hizole patentes las llagas de su alma, contándole muy por menor los grados por donde habia llegado al estado en que se hallaba, y las dificultades que á la sazón le oprimian. Dijole como habia leido los libros de Platon traducidos por el filósofo y orador romano Victorino, y las verdades que en ellos habia encontrado. Alegróse el santo anciano, y le dió el parabien de haber encontrado con aquel filósofo griego antes que con otro; porque en sus obras á cada paso y de todos modos se insinua, y da á conocer Dios y su divino Verbo. Despues le refirió la conversion maravillosa de aquel grande filósofo Victorino, á quien S. Simpliciano habia tratado muy familiarmente en Roma. «Como aquel doctísimo anciano y sapientísimo en todas las ciencias y artes liberales, que habia leido tantas obras de filósofos, y las habia criticado é ilustrado; que habia sido maestro de tantos nobles senadores; que por la escelencia de su sabiduría mereció que se le erigiese una estatua en la plaza pública de Roma, que es lo mas glorioso que hay para los ciudadanos de este mundo; que hasta aquella edad tan avanzada habia adorado y venerado á los idolos, sin exceptuar los monstruos que Roma habia tomado de Egipto; que finalmente, tantos años habia defendido estas idolatrias con su elocuencia y con su fama, no se avergonzó en su ancianidad de humillarse como un párvulo, para recibir el sello de siervo de Jesucristo, y renacer con el bautismo, sujetando su cuello al yugo del Evangelio, y sellando su frente con la cruz que antes tenia por oprobio. (*Lib. 8. cap. 2.*)»

Esta relacion de Simpliciano hizo en Agustino todo el efecto que se habia propuesto. Admiró el esfuerzo con que un hombre de sus circunstancias habia atropellado por todos los obstáculos del mundo, abandonando su reputacion, sus amigos, que eran muchos y poderosos, y hasta su profesion; pues el emperador

Juliano prohibió que los cristianos enseñasen las letras humanas y retórica. Encendióse en deseos de hacer lo mismo que habia hecho Victorino; pero las fuerzas no eran iguales, y por esto atribuía á fortuna de aquel filósofo la conversion que tanto ruido habia hecho, mas que á fortaleza y virtud del convertido. La verdad era, que «Agustino estaba atado con cadenas mas fuertes que de hierro. El comun enemigo dominaba despóticamente en su voluntad, de la cual habia hecho una cadena con que le tenia preso. Porque pervertida la voluntad nació el apetito desordenado: este produjo con la continuacion la costumbre; y la costumbre sin freno pasó á necesidad y naturaleza. De estos eslabones se formaba la cadena que tenia á Agustino en una dura servidumbre. Las verdades del Evangelio, la vida cristiana y las divinas promesas le agradaban; pero sin acabar de vencerle: y los gustos de la carne y sangre le deleitaban de modo que le ataban, sin dejarle libertad bastante para acabar de abandonarlos. (*Lib. 8. cap. 5.*)» Pareciale que Dios hablaba interiormente á su alma diciéndole aquello del Apóstol (*Ephes. 5. 14.*): *Levántate de ese profundo sueño: sal de entre los muertos, y te iluminará Cristo*; pero tibio y perezoso le respondió: *Ahora; de aquí á un instante; déjame otro ratito*; palabras que denotaban lo asida que estaba su alma al sueño peligroso de la culpable vida.

Al paso que se multiplicaban los golpes con que la gracia de Dios combatia el corazon endurecido de Agustino, crecian en éste las congojas, los suspiros y los deseos de acabar de resolverse; y cuando apenas habia acabado de sufrir un golpe, ya Dios le tenia otro preparado; porque le queria hacer su siervo y columna de su Iglesia. Un dia que estaba en su casa con Alipio, vino á visitarle un paisano suyo llamado Ponticiano, hombre muy principal, empleado en el palacio del emperador. Vió por casualidad sobre una mesa de juego las epistolas de S. Pablo: sorprendióse de ver un tal libro en poder de Agustino, y como era fiel y verdadero cristiano, le dió la enhorabuena. Despues comenzó á hablarles de S. Antonio y de su admirable vida: de los muchos monges que vivian virtuosamente recogidos en monasterios, y de otros mas penitentes y retirados que habitaban en los desiértos. Además de esto les contó la maravillosa conversion de dos amigos suyos, que se hicieron anacoretas en Tréveris, dejando el palacio del emperador á quien servian, y dos amables doncellas, con quienes tenian contraidos esponsales, por seguir á Jesucristo, y servirle retirados en un desierto. Y últimamente, les dijo el valor con que las dos esposas, oyendo la